

Original

**LA INFLUENCIA DE LA CABALLERÍA MEDIEVAL EN COUBERTIN: EL
CABALLERO, MODELO PEDAGÓGICO**

**INFLUENCE OF MEDIEVAL CHIVALRY ON COUBERTIN: THE KNIGHT,
PEDAGOGICAL MODEL**

Pérez Aragón, P.¹

¹IES Satafi

Correspondence to:

Pedro Pérez Aragón

Avda. de las Ciudades, 17, 28903 Getafe (Madrid)

E-mail: pedro.perezaragon@educa.madrid.org

Pérez Aragón, P. (2013). Influence of medieval chivalry on Coubertin: The knight, pedagogical model. *AGON. International Journal of Sport Sciences*. 3(2), 84-105.

Received: 08-05-2013

Accepted: 12-09-2013

RESUMEN

El barón de Coubertin fue esencialmente un pedagogo, un educador, que consagró su vida a reformar la educación. Coubertin recibió tres influencias cruciales que dieron forma a su pedagogía renovada: la pedagogía británica del siglo XIX, con Thomas Arnold a la cabeza, el mundo olímpico griego y la Caballería medieval. El atleta griego y el caballero medieval representaban para Coubertin al hombre que la educación debía formar. Además, para Coubertin, el paradigma del moderno deportista lo constituía la síntesis genial de esas dos figuras, el atleta griego y el caballero medieval. El barón de Coubertin se prendó de la Caballería medieval por su espíritu competitivo y, al mismo tiempo, desinteresado, generoso, caritativo y altruista. El servicio a la Humanidad del caballero medieval, el espíritu de servicio defendiendo al débil, luchando contra la injusticia y arreglando desaguisados, fue de los aspectos del espíritu caballeresco medieval que más le interesó a Coubertin. Cagigal sostiene que estudiar la Edad Media, desde el prisma deportivo, le permitió a Coubertin completar su visión idealista y caballeresca de la humanidad. El barón de Coubertin pensaba que cuando se estudian las andanzas de los caballeros medievales, cuando se buscan sus móviles, se descubre en ellos la pasión deportiva. Para triunfar en las facetas de su existencia, el caballero medieval debía entrenarse muy bien y, en esos entrenamientos, Coubertin veía auténtica pasión deportiva. En los torneos, en la guerra y en cumplimiento de sus deberes y obligaciones, el caballero medieval tenía que comportarse de manera recta, íntegra y leal. En la Caballería medieval, el espíritu competitivo estaba profundamente unido a la caballerosidad, a lo cortés, al trato caballeroso y leal (incluso con los enemigos), a la demostración de espíritu generoso y noble. Según Coubertin, uno de los papeles que debía desempeñar el deporte en las democracias modernas era el de educador social, papel heredado de la Caballería medieval. Pierre de Coubertin fue un gran pedagogo al que la creación de los Juegos Olímpicos modernos tapó lo que él fue en esencia: un educador humanista.

Palabras clave: Pierre de Coubertin, Caballería medieval, pedagogía

ABSTRACT

The Baron de Coubertin was essentially a pedagogue, an educator, who devoted his life to education reform. Three crucial influences shaped Coubertin's new vision of pedagogy: 19th century British education, led by Thomas Arnold; the Greek Olympic world; and medieval chivalry. For Coubertin, the Greek athlete and the medieval knight represented the man that education should shape. Moreover, for Coubertin the paradigm of the modern sportsman was the perfect synthesis of these two figures.

The Baron de Coubertin was passionate about medieval chivalry for its particular spirit, which was competitive and yet at the same time selfless, generous, charitable and altruistic. The medieval knight's services to humanity, that sense of duty which led him to defend the weak, to fight injustice and to tackle crime, was one of the aspects of medieval chivalry which most interested Coubertin. Cagigal argues that studying the Middle Ages from a sporting perspective allowed Coubertin to perfect his idealistic and chivalry-based vision of humanity.

Coubertin believed that studying the adventures of medieval knights, and enquiring into their motives, reveals the sporting passion. In order to succeed in the various facets of his existence, the medieval knight had to receive excellent training, and it was in this training that Coubertin saw the true passion for sport.

In tournaments, in war, and in carrying out his duties and obligations, the medieval knight had to behave in an upstanding, trustworthy and faithful manner. In medieval chivalry, the competitive spirit had strong links with gentlemanliness, with the courtly, with dealing with others in a chivalrous, loyal manner - even with enemies - and to displaying this noble and generous spirit.

According to Coubertin, in modern democracies one of the roles which sport should play was that of social educator, a role it inherited from medieval chivalry.

Pierre de Coubertin was a great pedagogue. His fame as creator of the modern Olympic Games has hidden from us what he essentially was: a humanist educator.

Keywords: Pierre de Coubertin, medieval chivalry, pedagogy

INTRODUCCIÓN

¿Influyó el espíritu caballeresco medieval en el pensamiento y el proyecto pedagógico del barón de Coubertin?

Mediante el estudio y el análisis de conferencias, documentos, libros, artículos, cartas, ensayos, discursos, etc., de Coubertin, en los cuales éste escribió sobre la Edad Media, la Caballería medieval, el caballero medieval, el escudero, los torneos y las justas, nuestro trabajo intentará alcanzar tres objetivos:

- a) Demostrar que la Caballería medieval influyó de manera vital en la obra pedagógica de Coubertin.
- b) Demostrar que el caballero medieval, junto con el atleta griego, formaba parte del modelo pedagógico de Coubertin, de esa nueva educación que debía formar al hombre que, según el barón, los tiempos reclamaban.
- c) Demostrar que, para Coubertin, los valores y las cualidades del caballero medieval, junto con los del atleta griego, constituían el paradigma del moderno deportista.

Aunque menos conocida, estudiada y evidente que el influjo del mundo olímpico griego y de Thomas Arnold, la Caballería medieval es decisiva en el pensamiento de Coubertin y es una de las piedras angulares de su proyecto pedagógico.

Nuestra hipótesis de trabajo es que la pedagogía de la Caballería medieval es una fuente fundamental de la que beben las ideas olímpicas de Coubertin. Por tanto, la Caballería medieval, junto con el mundo olímpico griego y la influencia de Arnold, es uno de los tres pilares sobre los que se sustenta la obra pedagógica de Coubertin.

No hemos encontrado trabajos específicos que traten la influencia de la Caballería medieval en Coubertin, aunque algunos importantes y prestigiosos estudiosos de su obra nos han proporcionado las pistas fundamentales que nos han permitido plantearnos el objeto de este estudio. Por esta razón, pensamos que nuestro trabajo puede llenar esa laguna con la que nos hemos encontrado.

De los tres pilares arriba comentados, el correspondiente a la Caballería medieval es el menos estudiado y trabajado, lo que podría justificar la novedad de nuestra investigación.

Para lograr los objetivos propuestos en esta investigación, empezaremos tratando las facetas de Coubertin y el volumen de su obra pedagógica. Luego hablaremos de las influencias que recibió el barón de Coubertin. Después analizaremos el concepto de Edad Media y los papeles del caballero y la “señora” hasta el siglo XI y a partir del siglo XII. También trataremos la transformación de la Caballería. A continuación, intentaremos desentrañar la visión que Coubertin tenía de la Edad Media, la Caballería medieval, el caballero medieval, el escudero, los torneos y las justas. No obstante, en capítulos precedentes ya plasmamos algunas ideas del barón sobre algunos de esos temas.

Como hemos comentado, comenzamos con las facetas de Coubertin y el volumen de su obra pedagógica.

FACETAS DE COUBERTIN Y VOLUMEN DE SU OBRA PEDAGÓGICA

Liselott Diem definió a Pierre de Coubertin de la siguiente manera: “Historiador y pedagogo, humanista y ciudadano del mundo” (1973, p. 7). Según Liselott Diem, para Coubertin la idea olímpica significaba lograr una sociedad en paz, con completa igualdad de oportunidades. A lo largo y ancho de sus artículos, ensayos, discursos, conferencias, cartas, libros, etc., Coubertin

“no se cansó nunca de explicar de mil maneras diferentes el objetivo que ambicionó alcanzar: el pacífico encuentro de los pueblos en un combate pacífico, dentro del respeto y el recíproco reconocimiento del individuo” (L. Diem, 1973, p. 8).

Parte del tomo de *Citius, Altius, Fortius* de 1963 está dedicado al barón de Coubertin, al Movimiento Olímpico y a los Juegos Olímpicos¹. Quisiéramos

¹ Se publicaron los siguientes artículos: “Senderos olímpicos”, de José Antonio Elola-Olaso (1909-1976), en ese momento delegado nacional de Educación Física y Deportes y presidente del Comité Olímpico Español (1956-1966); “El movimiento

detenernos un instante en el trabajo que escribió Piernavieja para *Citius, Altius, Fortius* en 1963, porque cuando investigó para realizar el catálogo de obras de Coubertin, no encontró ninguna bibliografía sobre él propiamente dicha. Presumía que su trabajo “Ensayo de bibliografía coubertiniana” era el primero sobre el tema, al menos en lengua española. Toda la obra literaria de Coubertin abarcaría más de 60.000 páginas impresas –también es de esa opinión Louis Meylan (1963)-, en las que el barón escribió sobre historia, educación, deporte, pedagogía, etc., pero sin considerar estas materias aisladamente, no “parceladas entre sí, sino con un nexo común: la persona y la sociedad humanas, su perfeccionamiento y elevación” (Piernavieja, 1963, p. 90). Piernavieja señalaba que la dificultad de acceder a muchas de las obras de Coubertin impedía un “tratamiento crítico del conjunto”, pero aunque reconocía que su primer catálogo coubertiniano era de contenido débil, pensaba que permitía hacerse una clara idea de la producción literaria del barón.

Yves-Pierre Boulongne (1999, p. 14)², uno de los más destacados estudiosos de la obra de Coubertin, calcula que la obra pedagógica del barón contiene unas 20.000 páginas. Sin embargo, incluso después de la publicación de voluminosos textos elegidos³ por el Comité Olímpico Internacional, Boulongne (1921-2001) recuerda que todavía existen, hoy en

día, bastantes documentos y escritos por descubrir en bibliotecas, archivos familiares y colecciones particulares. Norbert Müller (1999, p. 5)⁴, otro gran experto en la obra de Coubertin, afirma que las obras completas del barón comprenderían unas 12.000 páginas impresas. El presidente de la Academia Olímpica Española, Conrado Duránte (2009b, p. 254), asegura que la abundante obra legada por Coubertin sería superior a las 12.000 páginas.

A principios de los años setenta, las obras de Coubertin traducidas al español eran muy pocas, casi anecdóticas: *Pedagogía deportiva* (Madrid, 1933; según Piernavieja, 1935); “Influencia moral y social de los ejercicios deportivos”, capítulo tercero de la novena edición francesa de *Pédagogie sportive* (Lausana, 1934), publicado –ligeramente reducido– por *Citius, Altius, Fortius* en 1960 (tomo II); los tres primeros capítulos de las *Memorias Olímpicas* (*Citius, Altius, Fortius*, tomo V, 1963); “Breve descripción de los Juegos de 1896” (traducción extractada del libro de Pierre de Coubertin, J. Philemon, N. G. Politis y Charalambos Anninos, titulado *The Olympic Games. B. C. 776-A. D. 1896. Second Part.*), publicado en *Citius, Altius, Fortius* (tomo V, 1963); y las *Memorias Olímpicas* (COE, 1965).

La publicación en 1973 de *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*, de Pierre de Coubertin, por parte del Instituto Nacional de Educación Física de Madrid, constituyó un acontecimiento muy importante ya que era la primera vez que se traducía al español una serie de ensayos, discursos, correspondencia, conferencias, etc., que son vitales para conocer el pensamiento del creador de los Juegos Olímpicos modernos, rematada la publicación al final con una bibliografía *casi completa* de la obra de Coubertin, en palabras de Willi Daume (1973) – presidente del Comité Olímpico de la República Federal Alemana- y de Avery Brundage (1973). En esa bibliografía *casi completa*, que publicó el

olímpico”, de Avery Brundage, a la sazón presidente del Comité Olímpico Internacional (1952-1972); “Pierre de Coubertin, renovador de la educación pública”, de Louis Meylan; “El porvenir del Olimpismo”, de Otto Mayer, canciller del Comité Olímpico Internacional; “Breve descripción de los Juegos de 1896”, de Charalambos Anninos; “Ensayo de bibliografía coubertiniana”, de Miguel Piernavieja del Pozo; y también se tradujeron y se publicaron los tres primeros capítulos de las *Memorias Olímpicas* de Pierre de Coubertin. La primera traducción completa al español de las *Memorias Olímpicas* fue publicada por el Comité Olímpico Español dos años más tarde, esto es, en 1965 (traducción de José M^a Soler).

² En este documento no consta el año de su publicación, de manera que hemos respetado el año con el que está catalogado en la biblioteca del INEF de Madrid.

³ Boulongne se refiere a los *Textes choisis*, de Pierre de Coubertin, obra dividida en tres tomos: Tomo I (*Révélation*), tomo II (*Olympisme*) y tomo III (*Pratique sportive*). El coordinador de la edición y director de investigación es Norbert Müller. La primera edición se publicó en francés en 1986.

⁴ En este documento no consta el año de su publicación, de manera que hemos respetado el año con el que está catalogado en la biblioteca del INEF de Madrid.

Instituto Carl Diem de Colonia⁵, se citaban solamente los títulos que se conocían hasta la primavera de 1966.

En el breve prólogo a la edición española de *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*, José María Cagigal (1928-1983) comenta que Coubertin fue

“un hombre que, pese a su amable conversación, cultura y brillantez, resultó incómodo, porque llamaba al pan, pan. Por su autenticidad fue atacado, destituido y, en ocasiones, calumniado. Era un idealista, pero su vigoroso contacto con la realidad le llevó a la permanente lucha por mejorarla” (1973, p. 5).

En palabras de nuestro más importante filósofo y humanista deportivo, Coubertin fue un “sesudo historiador, pedagogo y sociólogo” (1973, p. 5). Años después, en *El deporte en la sociedad actual*, Cagigal (1975a) calificó a Coubertin de historiador erudito.

Carl Diem (1882-1962), amigo de Coubertin, destacó dos facetas fundamentales del barón, la de historiador y la de pedagogo. Refiriéndose a esas facetas de Coubertin, Diem nos comenta que:

“Nos encontramos frente a un historiador universal de gran formato espiritual, una de estas figuras que no andan por caminos trillados, sino que intentan llevar ante nuestros ojos una nueva estampa de la realidad, aprovechando su conocimiento del pasado para formar un mundo nuevo. Toda su espiritualidad se desplegó dispuesta para la lucha: ‘El mundo nos exige un nuevo hombre; formémosle a través de una nueva educación’” (1966, pp. 398-399).

De manera que Coubertin –dice Diem (1966)- se marcó la meta de su vida: reformar la educación.

Para Norbert Müller (1999, p. 5)⁶, el barón no fue un historiador en el sentido académico del término, sino un pedagogo que conocía a la perfección la historia y se servía de ella. Luis Solar (2003) opina

⁵ El Instituto Carl Diem de Colonia, presidido por Liselott Diem, fue el encargado de investigar en la biblioteca y los archivos del COI, seleccionando la obra contenida en *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*, que se publicó en alemán, inglés y francés antes que en español.

⁶ En este documento no consta el año de su publicación, de manera que hemos respetado el año con el que está catalogado en la biblioteca del INEF de Madrid.

que Coubertin fue una persona que puso sus vastos y extensos conocimientos de historia al servicio de una idea pedagógica. Piernavieja (1963) afirma que el barón fue principalmente un pedagogo, un humanista. Para Durántez (2009a), Coubertin fue un amante del deporte, un educador, un humanista, un filántropo, que pensó en el deporte y los Juegos Olímpicos como creadores de paz y cultura.

Boulongne sostiene, según Cagigal (1982b), que Coubertin fue toda su vida, por encima de todo, un reformador de la educación y que como prueba, ahí estaban los trabajos del barón dedicados a ese problema, entre los que se podían mencionar: “La gimnasia utilitaria” (1905); “El análisis universal” (1907), sobre la educación intelectual; y “El respeto mutuo” (1916), en el que trató la educación moral.

INFLUENCIAS QUE RECIBIÓ COUBERTIN

En *Deporte, pedagogía y humanismo*, Cagigal comenta que Coubertin

“había estudiado y conocido a fondo el mundo olímpico griego. También había penetrado y admirado el espíritu caballeresco medieval. A estas dos visiones culturales une la pedagogía deportiva británica [...]” (1966, p. 50).

Pero donde Cagigal se explayó –analizando el olimpismo moderno y las fuentes en las que bebió Coubertin, entre otros temas importantes, incluida una crítica al barón por la falta de fundamentación ontológica de su llamamiento olímpico- fue en su tercer trabajo en *Citius, Altius, Fortius*, titulado “El olimpismo moderno”, primer estudio específico e importante de Cagigal sobre el olimpismo. En “El olimpismo moderno”, publicado en 1961, Cagigal, que tenía 33 años, asegura que

“Coubertin había estudiado la historia de Grecia, como demuestra elocuentemente en su *Pedagogía deportiva* [...] incluso en sus *Notas sobre la educación pública*, contemporáneas de la segunda Olimpiada” (pp. 186-187).

También estudió la Edad Media, al menos desde el prisma deportivo, que completó “su visión idealista y caballeresca de la humanidad” (p. 187). Además, Cagigal (1961, 1966) resaltó el estudio que Coubertin realizó del movimiento deportivo-pedagógico de

Thomas Arnold⁷. El barón tampoco se libró de la influencia de la corriente higienista de Suecia – iniciada con Per Henrik Ling (1776-1839)-, de las originales creaciones del valenciano, Francisco Amorós y Ondeano (1770-1848), en París (escuela francesa) y del fuerte movimiento gimnástico-militarista alemán de Friedrich Ludwig Jahn (1778-1852).

Para lograr una comprensión global de la idea o ideas de Coubertin habría que conocer toda su obra y, además, estudiar los Congresos Olímpicos, los Juegos Olímpicos, las reuniones del COI, etc. De eso se han ocupado y preocupado, como señala Cagigal en *¡Oh deporte! (Anatomía de un gigante)*, prestigiosos especialistas como Carl Diem, Gaston Meyer, Bruno Zauli, Otto Mayer, Hans Lenk y John Lucas, entre otros. José María Cagigal (1981) llega a la conclusión de que las interpretaciones de cada uno de ellos coinciden en algunos principios generales, que nos llevarían a unas ideas matrices que entroncan con ideales de la antigüedad clásica, con actitudes de la Caballería medieval, con valoraciones tomadas del humanismo, de los filántropos, de la renovación pedagógica británica del siglo XIX. Y todas estas poderosas ideas centrales, dirigidas, decantadas hacia el profundo sentido de modernidad e internacionalismo del propio Coubertin, que no nos dejó “una idea olímpica”, sino más bien un espíritu, un estilo, un entendimiento del deporte (Cagigal, 1975a, 1981).

CONCEPTO DE EDAD MEDIA

Nos gustaría destacar la faceta de historiador de Coubertin –que recordemos publicó *Histoire Universelle* (4 tomos) en 1926-, además de la de pedagogo, porque a partir de este momento

⁷ En la Conferencia “El atletismo en el mundo moderno y los Juegos Olímpicos”, pronunciada en 1894 en la Sociedad del Parnaso de Atenas, el barón de Coubertin (1973) dijo que Thomas Arnold era el mejor pedagogo de los tiempos modernos, artífice de la prosperidad actual y la expansión portentosa de su país. Louis Meylan comenta que en el cuarto tomo de *Histoire Universelle*, Coubertin atribuyó a la acción reformadora de Thomas Arnold, “la recuperación espiritual y política que tuvo lugar en el mundo anglosajón” (1963, p. 54) desde mediados del siglo XIX.

profundizaremos en algunos aspectos de la Edad Media hasta toparnos con la Caballería medieval, la cual influyó de manera indiscutible en el barón, no sin antes resaltar la debilidad que sentía Coubertin por esa institución de la que dejó constancia en sus obras en repetidas ocasiones. Por ejemplo, en una conferencia titulada “Olimpia”, pronunciada en París en 1929, en el salón de actos de la alcaldía del distrito XVI, el barón de Coubertin expresó lo siguiente:

“De cualquier modo, es del seno de la sociedad feudal de donde surge una restauración olímpica netamente caracterizada, la Caballería. He dudado mucho en proclamar este parentesco. Desde luego, no aparece al primer golpe de vista, y fue percibida todavía menos por los mismos caballeros, ni lo sospechaban siquiera. Olimpia no existía para ellos. Sin embargo, cuando se estudian sus andanzas, cuando se trata de buscar sus móviles, se revela en ellos la pasión deportiva; [...]” (1973, p. 184).

El concepto de Edad Media se empleó por primera vez en el siglo XV. Lo acuñaron los humanistas, para los cuales sólo había dos épocas de importancia y de valor: la Antigüedad y el período en que ellos mismos vivían. Lo que se encontraba entre esas dos épocas era un período sombrío y bárbaro (AA.VV, 1933).

El filósofo noruego Jostein Gaarder nos comenta que en el Renacimiento

“se consideró la Edad Media como una ‘larga noche de mil años’ que había ‘enterrado’ a Europa entre la Antigüedad y el Renacimiento” (1997, p. 208).

Los humanistas,

“impresionados por la cultura del mundo antiguo redescubierto en el siglo XV, no dudan en designar al período *inter-medio* entre ambos mundos (el grecorromano y el humanista) como la edad de las tinieblas, el período oscuro que separa, que está ‘en medio’ de dos épocas de esplendor cultural, es decir, el período que se extiende entre la ruptura de la unidad del Imperio, dividido entre Roma y Constantinopla (comienzos del siglo IV) y la ocupación de Constantinopla por los turcos, que supone la desaparición del Imperio Romano de Oriente (1453)” (Martín, 1999, p. 9).

En la actualidad, teniendo presente al mismo tiempo los factores políticos, económicos, culturales, sociales, religiosos, etc., cada uno con su propio ritmo de evolución, como nos recuerda el profesor José-Luis Martín (1999), no es posible asignar fechas concretas para el comienzo y el final de la Edad Media en Europa. El inicio de ese período histórico se extendería desde el siglo III al VIII, y el final, entre los siglos XIV y XVI.

Esas fechas son válidas para Europa y para el ámbito hispánico, aunque hay una clara tendencia a señalar el comienzo de la Edad Media en España, que se situaría en el año 711, momento de la entrada en la Península de los musulmanes, y el final, en 1492, año del descubrimiento de América, la expulsión de los judíos y la conquista de Granada (último reino musulmán en la Península). Martín (1999) destaca que son fechas con una manifiesta y evidente significación política, económica y religiosa.

En el extraordinario y exhaustivo ensayo, titulado "‘Depuerto’, ‘deporte’. Protohistoria de una palabra", Piernavieja (1966) estaba del lado de la crítica moderna que habría echado por tierra la errónea afirmación expresada por algunos historiadores de que la Edad Media constituyó el período más oscuro de la Humanidad, la edad de las tinieblas. En este sentido y al hilo de lo inmediatamente expuesto, Jostein Gaarder (1997) nos recuerda que hay pensadores que han considerado la Edad Media como un "tiempo de mil años de crecimiento". Con toda brevedad, intentaremos apoyar esta tesis, basándonos en la rica bibliografía manejada por Miguel Piernavieja y en nuestras búsquedas bibliográficas.

En la *Historia General de la Cultura*, el profesor Manuel Ferrandis Torres (1898-1973) comenta que

"la cultura medieval, que se había elevado penosamente al nivel alcanzado en la época de Carlomagno [742-814, siglo VIII], sufrió un retroceso rápido en los siglos IX y X por efecto de las invasiones de normandos, eslavos, magyares y musulmanes; a partir del siglo XI resurgen lentamente los focos de civilización que van extendiendo poco a poco su influencia y alcanzan, en el siglo XIII, un apogeo extraordinario. Éste es el momento máximo de la cultura medieval, que volverá a sufrir una nueva, aunque no tan

profunda, decadencia en la última etapa de la Edad Media.

La Iglesia fue, durante este período, la principal encargada de conservar, transmitir y desarrollar la cultura; en sus instituciones se hallan los principales centros de saber, de ella saldrán los más brillantes cultivadores de la ciencia y a ella pertenecerán los fundadores y protectores de las nuevas instituciones culturales" (1941, pp. 328-329).

El padre Mindán (1966) afirma que algunos obispos y algunos monasterios fundaron escuelas pensando sobre todo en la formación del clero. El filósofo y sacerdote comenta que en el siglo IX existían tres tipos de escuelas: catedralicias o episcopales, radicadas en las iglesias catedrales de los obispos, y cuya enseñanza estaba confiada al clero de las mismas; monacales o monásticas, establecidas en los monasterios, donde los monjes enseñaban; y palatinas, al amparo de emperadores y reyes. Las escuelas monacales y catedralicias fueron las encargadas de conservar, difundir y transmitir la cultura. Hasta avanzada la Edad Media, el clero será depositario de toda cultura. Martín (1999) precisa que en España la ciencia y la cultura fueron, hasta el siglo XII, patrimonio exclusivo de los clérigos, que lograron mantener el nivel cultural gracias, precisamente, a las escuelas monacales y catedralicias.

De la evolución natural de las escuelas monacales y catedralicias nacieron las primeras Universidades (Mindán Manero, 1966). En los siglos XI y XII surgió la Escolástica, es decir, la filosofía medieval propiamente dicha (Tejedor Campomanes, 1997). En la Edad Media, entre los filósofos que destacaron y fueron realmente importantes encontramos a San Agustín (354-430), San Anselmo de Canterbury (1033-1109), el persa Avicena (980-1037), el cordobés Averroes (1126-1198), el también cordobés Maimónides (1135-1204), Santo Tomás de Aquino (1225-1274), Juan Duns Escoto (1266-1308) y el franciscano inglés Guillermo de Ockham (Occam) (1298-1349).

Piernavieja (1966) sostiene que en la Edad Media el arte alcanzó cotas sublimes. Según el profesor francés, Jacques Lafitte-Houssat, en *Trovadores y cortes de amor*,

“sin duda parece que todo está dicho sobre el arte de la Edad Media y especialmente sobre aquellos *espléndidos actos de fe* que son las catedrales, en las cuales no se sabe qué admirar más, si la ascensión del alma hacia Dios tan maravillosamente expresada por el arranque y vuelo de las bóvedas ojivales, o el problema de la técnica, tan victoriosamente resuelto por constructores anónimos, que deja estupefactos todavía a los arquitectos modernos, dados los medios de que se disponía en la época” (1960, p. 5).

La pintura, fundamentalmente “las miniaturas con que se ilustraban los manuscritos, nos ha dejado un testimonio vivo y fiel de la vida corriente” (Piernavieja, 1966, p. 21).

El siglo XIII representó el momento de mayor florecimiento de la Europa medieval, el de mayor apogeo de la cultura medieval, en la que sobresalió especialmente Francia sobre los demás países europeos (Tejedor Campomanes, 1997).

LOS PAPELES DEL CABALLERO Y LA “SEÑORA” HASTA EL SIGLO XI Y A PARTIR DEL SIGLO XII. LA TRANSFORMACIÓN DE LA CABALLERÍA

Marc Bloch⁸ (1886-1944), historiador francés de origen judío, catedrático de Historia en la Sorbona, especialista en Historia Medieval –citado por Jacques Lafitte-Houssat (1972)-, piensa que, en cuanto a los papeles que desempeñaron el “señor” (el caballero) y la “señora”, en cuanto al modo de vida de uno y otro, se distinguirían claramente dos períodos distintos en la Edad Media: la primera edad feudal (hasta el siglo XI incluido) y la segunda edad feudal (a partir del siglo XII). El siglo XII supuso un punto de inflexión puesto que, a partir de ese siglo, la Iglesia provocó un hondo cambio en las costumbres al transformar la institución de la

⁸ Durante la II Guerra Mundial, Marc Bloch, que perteneció a la Resistencia francesa, fue detenido y fusilado por los alemanes. Entre las obras de Bloch podemos destacar: *Los reyes taumaturgos* (1924), *La société du Haut Moyen-Âge et ses origines* (1926), *Les caractères originaux de l’histoire rurale française* (1931), *La société féodale* (2 vols., 1939-1940) y *Apologie pour l’histoire* (póstuma, 1952).

Caballería (Lafitte-Houssat, 1972). Para Piernavieja (1966), éste fue el momento de la creación de la Caballería.

En “Lo que podemos pedir ahora al deporte...”, conferencia pronunciada por Coubertin el 24 de febrero de 1918, en la Asociación de Helenos Liberales de Lausana, el barón reconoció el papel de la Iglesia como artífice de la reglamentación de la Caballería, en clara alusión a la transformación que ésta sufrió a partir del siglo XII, además de manifestar la idea de que los “deportes” de la Edad Media habían sido estudiados de manera insuficiente, asunto éste recurrente a lo largo de su obra (Coubertin, 1966, 1973).

En la primera edad feudal,

“el señor vive para la guerra, que es para él no solamente un deber ocasional, sino más bien una razón para vivir. En primer término, sin duda, porque le gusta, considerándola como el más completo despliegue de su fuerza física y de su valor, pero también porque, además de ahuyentar el aburrimiento causado por la monótona inactividad de la vida en el castillo, la guerra era por añadidura una fuente de provecho; tanto para el señor como para los vasallos convocados por él, la rapiña era un medio regular de enriquecerse, lo mismo que el rescate exigido siempre al adversario prisionero, que podía comprar su vida con escudos contantes y sonantes” (Lafitte-Houssat, 1960, p. 12).

En sus momentos de ocio, el caballero se dedicaba fundamentalmente a la caza, para mantenerse en buena forma física, además de ser sustitutiva de la guerra. Los señores acudían también a los torneos,

“tanto por el provecho que les reportaba, como por ser una buena ocasión para gastar su fuerza física o conquistar cierta gloria. Pero ya sea por la guerra, la caza o los torneos, el hecho es que el caballero siempre estaba ausente, y con él sus hijos en edad de seguirlo. Dentro del castillo quedaban, pues, junto con la servidumbre, la esposa del señor, sus parientes y los hijos menores. La señora del castillo tenía a su cargo a toda esta gente y la dirección material del interior” (Lafitte-Houssat, 1960, p. 13).

Hasta el siglo XI, la mujer no contaba para nada. Era propiedad de su señor. Fue un período en el que,

como dice Lafitte-Houssat (1972), se es muy severo con la mujer.

“Es el primer período de la caballería, el período heroico, en el que sólo la guerra cuenta, el de los cantares de gesta: la mujer y el amor no juegan entonces ningún papel” (Lafitte-Houssat, 1972, p. 14)⁹.

A partir del siglo XII se produjo un cambio en las costumbres. Lafitte-Houssat sostiene que

“la razón profunda de ese cambio en las costumbres está en la importante transformación que la Iglesia hizo experimentar poco a poco a la Caballería.

No pudiendo impedir completamente la guerra, que era la razón más seria para vivir de los *hombres vestidos de hierro*, la Iglesia intentó por lo menos humanizarla, cristianizarla; a esos barones batalladores, a quienes la miseria y el hambre consecuencias de las guerras no hacían retroceder, la Iglesia logró hacerles entrar en razón: aprovechando el miedo que los nobles tenían al infierno y al diablo, la Iglesia les amenazó con el arma terrible de la excomunió¹⁰. Sin esperar a que tras una vida de luchas y rapiñas, los caballeros arrepentidos vinieran a hacer penitencia, ya ancianos, en algún monasterio, la Iglesia logró obtener de ellos que cumplieran *la tregua de Dios*: durante el Adviento, la Cuaresma, el mes de mayo, las témporas¹¹, los días de fiesta, y cada semana del miércoles por la tarde al lunes por la mañana, estaba prohibido batirse bajo pena de ser excomulgado en el transcurso de una ceremonia cuya pompa estaba ideada para aterrorizar a los más endurecidos [curtidos]. La Iglesia no creyó poder exigir más, pero esto ya suponía un cambio serio en la vida del señor, que de esta manera se encontraba más a menudo dentro del castillo que en el pasado.

⁹ Traducción propia.

¹⁰ Sobre la excomunió (la más importante de las amenazas eclesiásticas), castigo impuesto si el caballero incumplía “la paz y tregua de Dios”, véase: José-Luis Martín (1999, p. 96), Manuel Ferrandis Torres (1941, p. 331) y Jacques Lafitte-Houssat (1972, p. 15).

¹¹ Tiempo de ayuno y oración en el comienzo de cada una de las cuatro estaciones del año. Según el año litúrgico católico, al principio de cada estación había que guardar tres días de ayuno y oración (miércoles, viernes y sábado).

La Iglesia prestó a la sociedad otro gran servicio al orientar hacia el bien, en la medida de lo posible, el ardor de los batalladores. Al bendecir las armas, que no había podido arrancar de las manos de la nobleza, el clero obtuvo al menos el juramento de que no se volverían (las armas) sino contra los enemigos de la Iglesia, y de que se pondrían en lo sucesivo al servicio de los débiles y de las mujeres” (1972, p. 15)¹².

El profesor de Historia Medieval, Robert Fossier, insiste en que la Caballería, al ser sacralizada por la Iglesia, se convirtió, primero, en un modo de vida y, después, en una mentalidad.

“El caballero tiene que obedecer a un código de honor en el que es tan importante el servicio de las armas como el servicio a las damas. Animado por el espíritu cortés, combina la valentía en el combate, una fe ardiente y una devoción absoluta a las personas a quienes ha decidido servir” (Fossier, 1996, p. 306).

Al hilo de lo expuesto tanto por Lafitte-Houssat como por Fossier, Coubertin manifestó lo siguiente en la conferencia titulada “Olimpia”, pronunciada en París en 1929:

“Entonces aparece la Iglesia y [...] contribuye a restablecer lo que había abatido. [...] bendiciendo las armas del caballero, [...] coloreando sus hazañas de un destino generoso (pues le arma para la justicia y el derecho, y le confía ‘la protección del débil, la defensa de las viudas y los huérfanos’), santifica, como antes la religión pagana, su entrenamiento y sus esfuerzos musculares, y los presenta como agradables a Dios” (1973, pp. 184-185).

En *Pédagogie sportive*, Coubertin (1972) sostiene que el caballero representó una especie de policía a caballo en el seno de una sociedad ruda y violenta, en la que, para cumplir sus deberes y realizar sus proezas, estaba obligado a entrenarse muy bien. De esta forma, continúa Coubertin, la pasión deportiva se apoderó del caballero.

Hemos visto cómo el barón de Coubertin reconocía en dos conferencias el papel de la Iglesia como autora de la reglamentación de la Caballería: “Lo que podemos pedir ahora al deporte...” y “Olimpia”.

¹² Traducción propia.

Además, en esta última conferencia y en *Pédagogie sportive*, Coubertin destacó el espíritu de servicio a la Humanidad de los caballeros medievales. Para Piernavieja (1971), uno de los aspectos que más le interesó a Coubertin, del espíritu caballeresco medieval, fue su idealismo de servicio a la Humanidad.

El profesor Luis Solar afirma que

“Coubertin retoma el ideal de la caballería, donde el entrenamiento en busca de la superioridad y la victoria no son suficientes si no van unidos a la generosidad, al espíritu magnánimo y a la causa justa” (Solar Cubillas, 2003, pp. 137-138; 2010, p. 123).

Piernavieja sostiene que

“los Juegos Olímpicos, para Coubertin, fueron nada más que un medio –quizá el mejor- para recuperar la persona y sanear la sociedad como base previa para la armonía internacional. Su sueño fue un mundo pacífico, sin más luchas que las del estadio, formado por pueblos amigos, independientes y, a la vez, unidos, empeñados en la grandiosa obra de perfeccionar la Humanidad. De ahí su síntesis olímpica en la figura del moderno deportista: el atleta griego y el caballero medieval. En esa síntesis genial quedan reunidos todos los valores y aspiraciones que han movido al ser humano desde la Creación: fe, rectitud, honor, belleza, salud, inteligencia...” (1963, p. 88 y 90).

En su artículo “Pierre de Coubertin, renovador de la educación pública”, Meylan explica que Coubertin se dio cuenta muy rápido de que para recoger los frutos de la reforma de la pedagogía en la que él creía, ésta debía ser internacional y que

“el arnoldismo, adaptado exactamente a las necesidades de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX, no podía constituir por sí solo esa pedagogía renovada, sobre la que pretendía asentar la reforma de las costumbres y del Estado, en la era democrática e internacional en que veía el mundo moderno comprometido sin retorno posible” (1963, p. 56).

Por esta razón, el barón de Coubertin echó la mirada atrás y se maravilló de los Juegos Olímpicos antiguos y la Caballería medieval (Meylan, 1963).

Para Louis Meylan, esas dos instituciones de los orígenes de nuestra civilización –en el mundo antiguo, los Juegos Olímpicos, y en el mundo cristiano, la Caballería- fascinaban a Coubertin. En opinión de Meylan, en la misma línea de Piernavieja, el atleta y el caballero, esos dos tipos de hombre, representaban para Coubertin, de alguna manera,

“al hombre que los tiempos actuales reclaman, el hombre que la educación debe formar. A partir de entonces, su pensamiento se redondea como una esfera alrededor de estos dos polos: la virilidad del atleta y el espíritu de servicio del caballero errante, defensor del débil y desfacedor de entuertos” (1963, p. 56).

Ferrandis Torres (1941) asegura que la guerra se había convertido en la ocupación favorita del noble hasta tal extremo que hacía imposible la vida social, de forma que la Iglesia tuvo que intervenir imponiendo la *tregua de Dios*, que ya hemos conocido de manos de Lafitte-Houssat.

El gran historiador Rafael Altamira (1866-1951) –catedrático de la Universidad Central, hoy Complutense, y académico de la Real Academia de la Historia- nos proporciona algunos datos más sobre este asunto, al afirmar que, según se cree, “la paz y tregua de Dios”¹³ se inventó en el siglo XI, “en el concilio de Toulonges”¹⁴ (villa francesa próxima a Perpignan, si es que se identifica con *Tuluges*)” (1946, p. 172), pasando a Cataluña, de donde con probabilidad se extendió a toda España. La tregua prohibía guerrear los días arriba señalados por Lafitte-Houssat, a no ser que fuera contra los musulmanes:

“Para hacer respetar la tregua se amenazó a los nobles (que eran los principales causantes de las guerras civiles, por las luchas entre unos y otros y

¹³ Sobre “la paz y tregua de Dios” (en qué consistía y de qué se trataba), véase: Rafael Altamira (1946, pp. 171-172), Jacques Lafitte-Houssat (1972, pp. 15-16) y José-Luis Martín (1999, p. 96).

¹⁴ Diferentes fechas y lugares en los que se inventó “la paz y tregua de Dios”, según los especialistas que se consulten: Rafael Altamira (1946, pp. 171-172), Robert Fossier (1996, pp. 162-165), Manuel Riu Riu (1989, p. 262), José-Luis Martín (1999, p. 96), Rafael Sánchez Domingo (2011), César Tejedor Campomanes (1997, p. 128) y el *Atlas Histórico Mundial. De los orígenes a nuestros días* (página 153 de la edición de 2007).

los atropellos frecuentes que cometían con los mercaderes y en las tierras, casas y riquezas de los plebeyos labradores) con multas y con penas impuestas por la Iglesia; las cuales eran entonces muy temidas por la gran fe de las gentes” (Altamira, 1946, p. 172).

En opinión de Lafitte-Houssat,

“es un hecho que la condición de la mujer, al menos de la mujer noble, mejoró ostensiblemente a partir del siglo XII. Esta mejora, marcada por la aparición y el desarrollo de la Cortesía, se explica por todo un conjunto de circunstancias, económicas y sociales, que transformaron completamente la institución de la Caballería. En efecto, a medida que el modo de vida de los hombres cambió, que las ocupaciones guerreras menos frecuentes les dejaron cada vez más tiempo libre en sus castillos, la vida de las mujeres cambió igualmente” (1972, p. 11)¹⁵.

A partir del siglo XII, gracias al juramento¹⁶ que tiene que prestar el nuevo caballero en el acto solemne de ser *armado caballero*¹⁷, la presencia de la mujer pasó a ser imprescindible en la vida social. En *Estudios sobre el amor*, Ortega y Gasset (1964) destaca que, a partir de ese momento histórico, el hombre rindió culto a la mujer, además de considerarla superior a él. La mujer era “señora” y el hombre su vasallo. Como sostiene Piernavieja,

“de la arrinconada y menospreciada mujer del primer período feudal se pasa ahora [...] a una dama [...] que impone su belleza y delicadeza a los rudos guerreros, y gobierna el castillo plenamente y sin cortapisas. Este nuevo respeto a la mujer contribuyó al nacimiento de un sentimiento que pronto tomó el nombre de *cortesía*, por el lugar donde se desarrolló, la corte. La transformación en las costumbres alcanzó también a la vivienda señorial, que abandonó la primitiva construcción de madera y adoptó la piedra en adelante.

¹⁵ Traducción propia.

¹⁶ Sobre el juramento que pronunciaba el caballero medieval, véase: Manuel Ferrandis Torres (1941, pp. 345-346), Jacques Lafitte-Houssat (1972, pp. 15-17), Rafael Altamira (1946, p. 249) y Robert Fossier (1996, p. 163 y 305).

¹⁷ Sobre el acto solemne de ser *armado caballero*, véase: Manuel Ferrandis Torres (1941, pp. 345-346), Jacques Lafitte-Houssat (1972, pp. 15-17), Rafael Altamira (1946, p. 249) y Robert Fossier (1996, p. 163).

El interior del castillo conoció entonces un lujo fastuoso, estimulado por las riquezas traídas de Oriente por los cruzados: alfombras, espejos, telas preciosas, terciopelos, esencias, etc.” (1966, pp. 26-27).

Ferrandis Torres resalta que,

“por influencia de la galantería provenzal, se fue dando a las damas mayor intervención en los usos caballerescos. Aparte de la primera educación, cuando el aspirante llegaba a la edad varonil, solía escoger una dama a quien consagraba sus servicios y rendía una especie de culto [...] se dio también a las damas y doncellas intervención en las ceremonias con que se armaba al caballero, y en los siglos XI al XIV llegaron a formarse, en Provenza, las llamadas cortes o *tribunales de amor* [...] donde las damas más distinguidas por su nacimiento, belleza y discreción, deliberaban y fallaban sobre puntos de galantería y caballería; llegaron a formar un código, pero no ha llegado hasta nosotros, sino en algunos comentarios de juristas del siglo XV” (1941, p. 346).

Para conocer con detalle el concepto de *cortesía* y todo lo que ello supuso, Jacques Lafitte-Houssat nos ilustra sobre el tema comentando que

“el agrupamiento de la juventud de ambos sexos en los grandes castillos alrededor de los señores feudales y de las damas de alto linaje, suavizó poco a poco la rudeza en las maneras y dio más gracia y delicadeza a las relaciones sociales, pues las doncellas se educaban en el servicio de las grandes castellanas, así como los muchachos en el de los señores. Un vocablo característico, el de *cortesía*, designó al conjunto de las cualidades que nacen de este trato frecuente entre los dos sexos y que constituía el tipo del perfecto caballero; era, efectivamente, en los patios de honor de los castillos, teatro de los juegos guerreros en los que se ejercitaban escuderos y donceles a la vista de las damas, donde se desarrollaba esa gracia, esa cortesía, esa galantería, esa generosidad, que hacían al caballero *cortés*. La presencia de las mujeres y la emulación a que incitaban imprimieron una fisonomía absolutamente nueva y desconocida a las fiestas, las justas y los torneos que abarcan una parte de la historia de la Edad Media. Los aplausos y las sonrisas de las bellas espectadoras eran la más preciada recompensa del vencedor; se peleaba por el triunfo de los colores

que las representaban, por ganar su amor tanto como por la gloria. ¿Y no eran ellas, por otra parte, sus árbitros? El vencedor recibía solemnemente de manos de una dama el premio del torneo” (1960, pp. 18-19).

Con objeto de redondear el asunto de la importancia de las damas en los rituales caballerescos, Ortega y Gasset comenta que

“es curioso que ya en los comienzos de la historia europea, allá en el primer canto de la *Iliada*, aparece la mujer como galardón al que vence en los juegos o en la guerra. Al más diestro, al más bravo, la más bella. De suerte que hallamos, desde luego, a los varones aspirando en concurrencia y certamen a conquistar la mujer. Posteriormente no es ésta sólo el premio que se otorga al mejor, sino que ella misma es encargada de juzgar quien vale más y preferir al excelente [...]. Sobre todo, en las épocas más fecundas y gloriosas –en el siglo XIII, el Renacimiento, el siglo XVIII-, las costumbres permitieron con peculiar intensidad que fuesen las mujeres, como Stendhal dice, *juges de mérites*” (1964, p. 25).

LA VISIÓN DE COUBERTIN SOBRE LA CABALLERÍA MEDIEVAL, EL CABALLERO MEDIEVAL, EL ESCUDERO, LOS TORNEOS Y LAS JUSTAS

Coubertin “contempla ‘la emulación de los caballeros’, el honor” (Cagigal, 1961, p. 187). Emulación en la acepción de imitar las acciones ajenas con afán de superación, esto es, rivalizar, luchar, competir. El barón de Coubertin –como subraya Cagigal en “El olimpismo moderno”- llegó

“a encariñarse de tal forma con el espíritu competitivo y a la vez desinteresado y altruista de la Caballería medieval, que lo coloca deportivamente en algunos aspectos por encima del griego” (1961, p. 187).

En su obra *Pédagogie sportive*, Pierre de Coubertin manifestó de la siguiente manera esa devoción de la que estamos hablando:

“Hagamos, sin embargo, justicia a la Edad Media, en la que el afán de lucro no consigue en ningún momento derrotar al espíritu deportivo, que conserva una intensidad y una lozanía

probablemente superiores a lo que la misma antigüedad griega había conocido” (1972, p. 31)¹⁸.

También tiene ocasión Coubertin de comentar algunas sombras de la Edad Media, pero salvando, por supuesto, a la Caballería medieval. En 1894, el barón explica en “Jeux Olympiques. Discours à Athènes” que

“la Edad Media cayó en una burda equivocación haciendo del cuerpo un andrajo y enseñando a los hombres el menosprecio de la vida. Y, sin embargo, incluso en esta época [...] hubo hombres de deporte. La Caballería era una amplia hermandad atlética” (1986, p. 367)¹⁹.

Para adornar la última cita de Lafitte-Houssat, desearíamos comentar que, para que los caballeros se adiestraran en los ejercicios militares y no perdieran la costumbre de las armas, se organizaban combates simulados (alguno de los cuales ya ha salido a colación a lo largo de este relato), que no siempre eran incruentos. Manuel Ferrandis Torres nos define cada uno de una pincelada:

“[...] se llamaban *torneos*, cuando peleaban por grupos de paladines; *justas*, si combatían uno a uno, y *paso de armas*, si se simulaba forzar una posición que otro defendía. Estos combates simulados se proclamaban con mucha anticipación y con gran solemnidad, se celebraban en medio de una gran fiesta con reglamentos meticulosos que garantizaban la observancia de las leyes de la Caballería y con asistencia de las damas, que animaban a sus favoritos y acompañaban al vencedor a presidir el banquete con que terminaba la fiesta” (1941, p. 348).

Coubertin (1972) asegura que los torneos eran verdaderas y auténticas batallas que se celebraban con bastante frecuencia (“un par quinzaine”, esto es, un torneo cada quince días), en las que el caballero que vencía se quedaba con el caballo del oponente al que había logrado desarmar. El caballero vencido debía comprar de nuevo el caballo y si, además, él había caído prisionero, tenía que pagar su propio rescate. Según el barón de Coubertin (1972), hubo un famoso caballero que ganó una fortuna al final de un torneo: doce caballos con sillas de montar y

¹⁸ Traducción propia.

¹⁹ Traducción propia.

aparejos. También comenta que del siglo XIV al XV, la reglamentación del torneo evolucionó, se suavizó, se atenuó por iniciativa de Eduardo I (1239-1307), rey de Inglaterra (1272-1307), de manera que, entre otras cuestiones, se prohibieron la captura de caballos y el rescate de prisioneros.

En palabras de Coubertin, en la justa se enfrentaban solamente dos caballeros

“en un choque único, previsto y, por así decirlo, matemático. Galopan frente a frente separados por una barrera, lanza en ristre. O el jinete golpeado será desmontado o bien la lanza volará en pedazos. Incluso con lanzas ligeras de madera llamadas ‘armas cortesés’, por oposición a las ‘armas de guerra’, el impacto era terrible. Las armaduras se volvieron tan aparatosas que era necesaria la ayuda de una escalera y de dos hombres para subirse al caballo. Los accidentes (al menos con ‘armas cortesés’) no eran muy frecuentes, pero la fuerza, la resistencia –y más de lo que parece- la destreza vigorosa gastadas eran extremas. Era un ‘ímpetuoso placer’. La justa duró mucho más tiempo que el torneo sin apenas cambiar de carácter” (1972, pp. 33-34)²⁰.

En el discurso que Coubertin pronunció con motivo de la clausura de los Juegos Olímpicos de Estocolmo (1912), el barón aludió a los torneos de la Edad Media lamentándose de que estaban demasiado olvidados o no eran lo bastante conocidos. En ese discurso que dirigió a los asistentes de esa ceremonia de clausura, publicado en la *Revue Olympique* de septiembre de 1912, Coubertin expresó también que uno de los papeles del deporte, el de educador social, era heredado de la Caballería:

“para hacer una Olimpiada, están muy lejos de ser suficientes el poder y el dinero; son necesarias la perseverancia, la paciencia y la tolerancia también. Y, sobre todo, un concepto elevado y sereno del doble papel que el deporte puede y debe desempeñar en el seno de las grandes democracias modernas: papel de armonizador humano, heredero del atletismo antiguo, y papel de educador social, heredado de la Caballería. No debemos volver nuestras miradas tan sólo hacia el gimnasio de Olimpia, señores, sino también hacia

los torneos de la Edad Media, demasiado olvidados o demasiado desconocidos, cuya única falta fue la de sobrepasar, más allá de lo razonable, el culto elegante del honor, del estoicismo y la generosidad” (1973, p. 69).

En la conferencia “Lo que podemos pedir ahora al deporte...”, Coubertin se recrea al detallar un torneo que tuvo lugar en 1330, permitido por Felipe VI de Valois (1293-1350), rey de Francia (1328-1350), que enfrentó a los burgueses de París contra los de las provincias. Al parecer, como apunta Coubertin, los torneos “populares” no fueron una rareza:

“Los provincianos, llegados la mayor parte de Amiens y San Quintín, de Reims y de Compiègne, sucumbieron ante los de París. Eran más de setenta en total. Un maestro de cuentas de la capital y un burgués de Compiègne se repartieron los premios al valor, entregados por una joven parisiense, hija de un pañero. Uno, de los dos que vencieron en las justas, acabó con una pierna rota y el otro se retiró con serios golpes. Había allí, indudablemente, uno de los elementos esenciales del deporte, el gusto por el riesgo” (1973, p. 81).

Rafael Altamira nos ilustra sobre las virtudes o cualidades de los caballeros, las cuales constituyeron parte de las poderosas razones por las que el barón de Coubertin los tenía en tan alta estima. En su *Manual de Historia de España*, nuestro historiador sostiene que

“los torneos, desarrollados por influencia de los franceses que a fines del siglo XI acudieron a la Reconquista, sirvieron, aparte otras cosas, para implantar en España las ideas y las costumbres de lo que se llamaba entonces la *caballería*, institución típica de los siglos llamados medievales.

El *caballero* tenía como profesión esencial la de las armas, y debía estar adornado de las siguientes virtudes: *valor* o *valentía* indomables; *lealtad* en el trato con los hombres, incluso los enemigos; *dignidad*, por la que el caballero no puede permitir que nadie dude de su palabra, de su valentía, de la hermosura y honradez de las damas que él defiende, y menos aun que se le infiera injuria o golpe. En todos esos casos debe vengar su *honor* ofendido y combatir con el que le hizo la ofensa, así como defender a las personas desvalidas que le pidan amparo.

²⁰ Traducción propia.

Estas ideas, que difundieron por el mundo algunos de los *poemas* de aquellos tiempos, principalmente los franceses y alguno italiano, dieron lugar después a historias o novelas que se llamaron *libros de caballería*. De éstos eran los que leía con tanta afición Don Quijote de la Mancha y los que le impulsaron a hacerse él también *caballero de aquella clase*" (1946, pp. 248-249).

Un libro de caballería que condensó la esencia del caballero medieval fue el *Amadís de Gaula*²¹, considerado por Cervantes como el mejor de todos los libros que de ese género se han escrito (Cervantes, 1997; Salvador, 2008). En el *Amadís de Gaula* se retrató la figura del caballero ideal, que representó valores muy concretos, tales como: esfuerzo, cortesía, honor, heroísmo y piedad (Salvador, 2008).

Para don Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) – historiador, filólogo, erudito, catedrático de Literatura de la Universidad de Madrid (uno de sus discípulos fue don Ramón Menéndez Pidal)-, *Amadís*

“encarna el tipo del perfecto caballero, espejo del valor y de la cortesía, dechado de vasallos leales y de constantes amadores, amparo de débiles y menesterosos y brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia. Sus flaquezas le declaran humano, pero no empañan sus virtudes; su condición afable y humana le convierte en un héroe moderno. De aquí que su libro adquiriera tan alto valor didáctico y social y se convirtiera en el código del honor para varias generaciones, manual del buen tono, oráculo de la elegante conversación y repertorio de las buenas maneras. Ni siquiera el *Cortesano* de Castiglione le arrebató del todo esta palma” (Alborg, 1970, p. 468).

A Coubertin no se le escaparon las virtudes o cualidades que engalanaban al caballero medieval y que tan magistralmente lograron sintetizar tanto Altamira como Menéndez Pelayo, sobre todo este último. Como resaltó José María Cagigal en “El olimpismo moderno”, el barón de Coubertin se prendó de la Caballería medieval por su espíritu

competitivo y, al mismo tiempo, desinteresado, generoso, caritativo y altruista (1961, p. 187).

Pero para poder llegar a ser caballero, éste había de pasar de manera obligatoria, aunque fuese noble, por un período de aprendizaje en el que ejercía de escudero. El niño destinado a ser caballero

“debía ser de legítimo matrimonio; se educaba hasta los siete años con las mujeres, que le inspiraban las primeras ideas de rectitud y valor; marchaba después a casa de otro señor más rico, al que servía como paje, adiestrándole al mismo tiempo en el manejo de las armas. A los catorce años pasaba a ser *escudero*, mediante una ceremonia religiosa y seguía a su señor en la guerra o torneo llevando sus armas o su caballo de combate; al mismo tiempo se entregaba a rudos ejercicios y se endurecía en el uso de las armas. En esta categoría recorría varias cortes señoriales para ver sus usos y adquirir experiencia, y cuando ya había verificado algunas hazañas, o prolongados servicios, era armado caballero” (Ferrandis Torres, 1941, p. 345).

Sobre este asunto, Coubertin nos cuenta que el joven aspirante, antes de ser admitido como caballero y para prepararse,

“siguiendo todavía una costumbre germánica, se vinculará como escudero a un jefe experimentado del que será de alguna manera el soldado, el ayudante, prestando un servicio personal en trabajos de cuadra, de doma y de cuidado de las armas. La sociedad feudal, que está completamente basada en este principio de vinculación de un hombre a otro más poderoso que lo protege a cambio de sus servicios, tiende a multiplicar una práctica como ésta. Y así es como la caballería se organiza. He aquí ahora la Iglesia para concretar su misión y consagrarla [...]” (1972, p. 30)²².

En el juramento que tenía que prestar el futuro caballero, en la ceremonia solemne de ser *armado caballero*, ceremonia religiosa y militar muy complicada, se encontraban todas las obligaciones, entre ellas: amparar a las viudas, huérfanos y menores de edad en sus bienes y acudir a las armas para libertar a los inocentes. En una conferencia pronunciada en París en 1929 a la que ya hemos

²¹ Sobre el *Amadís de Gaula*, véase: Miguel de Cervantes (1997, pp. 37-38), Juan Luis Alborg (1970, pp. 461-471), Nicasio Salvador (2008, pp. 24-30) y *Orígenes de la novela*, de Marcelino Menéndez Pelayo.

²² Traducción propia.

acudido en otro momento, Pierre de Coubertin (1973) destacó que al caballero se le armaba para la justicia y el derecho, para proteger al débil, defender a las viudas y a los huérfanos, es decir, para estar al servicio del orden moral y de la justicia en una demostración de piedad, generosidad y caridad.

En este sentido, relacionado con las últimas ideas expuestas por Coubertin, Robert Fossier apunta que

“la Iglesia [...] contaba con el juramento, cuya fuerza moral, acompañada de gestos simbólicos ante testigos, poseía una fuerza apremiante difícil de entender hoy. [...] Los caballeros serán los garantes de la paz. La inclusión de ritos religiosos en la ceremonia de investidura santifica su espada, que en adelante se consagra al servicio de la Iglesia. El caballero pronuncia su juramento delante de un sacerdote, y este juramento le deja la libertad suficiente –y también necesaria- para reservarse un margen de violencia que le garantice la defensa de sus intereses [...]” (1996, p. 163).

La víspera de ser *armado caballero*,

“el aspirante, después de haber ayunado, se pasaba la noche en oración velando sus armas y al día siguiente, oída la misa de rodillas y con la espada al cuello, iba recibiendo cada una de las insignias de su profesión, previamente bendecidas por el sacerdote con las oraciones apropiadas” (Ferrandis Torres, 1941, p. 345).

En *Pédagogie sportive*, Coubertin (1972) comenta que, en el acto de ser *armado caballero*, el sacerdote bendecía las armas del caballero y que la religión estaba por todas partes alrededor de él.

Coubertin realiza una genial asociación al comparar la velada de armas del futuro caballero y la noche previa a la competición del atleta en la antigua Grecia. En 1895, Coubertin escribe “La préface des Jeux Olympiques”²³, artículo en el que afirma que

“hubo en plena Edad Media una vuelta del espíritu atlético: la Caballería. Esa velada de armas que precedía a la fiesta llena de alegría y de actividad física por la cual el joven caballero estrenaba su

nueva vida es, quizás, lo que, después de mil quinientos años, más se ha parecido a los Juegos Olímpicos; [...] También él, el joven griego, pasaba la última noche en la soledad y el recogimiento bajo los pórticos de mármol [...]; también él debía ser intachable, por herencia y personalmente, sin tara de ninguna clase ni en su vida ni en la de sus antepasados; también él asociaba la religión nacional a su acto [acción], prestaba el juramento de honor delante de los altares y, como recompensa, recibía el sencillo ramo verde, símbolo de desinterés. Los dos [caballero medieval y atleta griego], sin duda, esperaron con el mismo ardor y la misma impaciencia las primeras luces [claridades] del alba [...] Entre los dos estuvo el espesor de los tiempos y todo un mundo de ideas diferentes; pero la savia juvenil les hacía semejantes” (1986, p. 91)²⁴.

Para Cagigal no había ninguna duda de que el visceral romanticismo de Coubertin se manifestaba en su asombro por la Caballería medieval, “que tan singular huella va a dejar no sólo en sus escritos sino hasta en el lenguaje y ceremonial olímpico” (1982a, p. 578). En los Juegos Olímpicos de Amberes (1920), por primera vez en unos Juegos, un deportista realizó el juramento olímpico en representación de todos los participantes. Victor Boin, jugador de waterpolo y esgrimista, proclamó solemnemente en el estadio olímpico²⁵:

“Nous jurons de prendre part aux Jeux Olympiques en compétiteurs loyaux, d’observer scrupuleusement les règlements et de faire preuve d’un esprit chevaleresque pour l’honneur de nos pays et pour la gloire du Sport” (“Official Report. Olympic Games Antwerp 1920. LA84 Foundation Home Page,” p. 53).

Coubertin (1989) siempre pensó que el ceremonial olímpico, del cual formaba parte el juramento, tenía valor pedagógico y auguró que era poco probable

²⁴ Traducción propia.

²⁵ Hemos decidido respetar en el texto las palabras exactas del juramento de Victor Boin en el idioma en el que las pronunció, el francés, por ser el primer juramento de la historia olímpica moderna. Se traduciría de la siguiente manera: “Juramos participar en los Juegos Olímpicos como competidores leales, respetar escrupulosamente los reglamentos y dar muestras de un espíritu caballeresco para honor de nuestros países y gloria del Deporte” (Traducción propia).

²³ El trabajo “La préface des Jeux Olympiques” fue escrito por Coubertin en 1895 y, en él, el barón explica, entre otras cuestiones, los esfuerzos para organizar el Congreso de 1894, es decir, el que luego se conocería como el primer Congreso Olímpico.

que se eliminara en el futuro alguno de esos actos que conformaban todo ese ritual.

En “Une Olympie moderne”, programa del Concurso Internacional de Arquitectura, organizado por el COI en París en 1910, para el diseño de una ciudad olímpica moderna, esto es, diez años antes de que se introdujera el juramento olímpico como parte del ceremonial de los Juegos Olímpicos modernos, Coubertin comentaba que había una ceremonia que ya existía antiguamente que se podía recoger casi tal cual: el juramento. El barón asegura que

“antes de la apertura de los Juegos, los atletas admitidos para competir acudían al templo de Zeus y juraban cumplir, en todo, la ley de los Juegos. Se declaraban sin tara [falta, defecto] y dignos de salir al Estadio” (1992, p. 53)²⁶.

No hay duda que Coubertin, cuando pensó en el juramento, tenía en la mente el que realizaba el atleta griego.

Sin embargo, a nuestro parecer, habría también ciertas similitudes, salvando las distancias, entre el juramento del futuro caballero en el acto de ser *armado caballero* y el que pronuncia el deportista, en representación de todos los participantes, en los Juegos Olímpicos modernos. En primer lugar, porque las dos ceremonias se realizan con solemnidad, con gran pompa y delante de testigos. Y además porque, tanto en una ceremonia como en la otra, se jura y proclama el compromiso de respetar y cumplir unas reglas: uno, las de la Caballería, y el otro, las de los Juegos Olímpicos.

Recibido el *espaldarazo* (o golpe plano con la espada) –en señal de la paciencia con la que tenía que soportar su labor- y después de jurar cumplir con todas las obligaciones de su nueva profesión, al caballero

“se le entregaba el escudo, la lanza y el caballo de batalla, y podía comenzar su vida caballeresca, así en la guerra como en las justas y torneos” (Ferrandis Torres, 1941, pp. 345-346).

Si cometía algún acto desleal, alguna traición u otro delito contra el honor, el caballero medieval era

degradado²⁷ en una importante ceremonia en la que se le consideraba muerto al honor y a la caballería (Ferrandis Torres, 1941). En caso de no respetar e infringir los reglamentos de los Juegos Olímpicos, el deportista olímpico moderno sería sancionado con una serie de medidas que dependerán de la gravedad de cada caso: ser descalificado, tener que devolver los premios conquistados, estar sancionado o castigado sin competir durante un tiempo, etc.

El caballero medieval no podía consentir que su honor fuera ofendido en todos los casos ya enumerados por el profesor Altamira y debía pelear con quien le hizo la ofensa para restituir el honor. El deportista olímpico moderno lucha y compete para honor de su país y gloria del deporte.

En un documento fechado alrededor de 1927-28, titulado “La Caballería moderna”, Coubertin (1973) señaló el camino a los deportistas olímpicos para conseguir conquistar el espíritu caballeresco, “cima y objetivo de la actividad deportiva”: sólo debían contar con ellos mismos. Recordó las cualidades de la Caballería medieval: “su ideal elevado, su rudeza sana y su ardor generoso” (1973, p. 169).

Otro discurso que nos parece clave lo pronunció Coubertin en el Ayuntamiento de Amberes en agosto de 1920, en la ceremonia de apertura de la XVIII sesión plenaria del COI. El barón habló de la Caballería medieval como uno de los dos grandes movimientos deportivos de la historia. El otro era el atletismo griego. Los dos movimientos deportivos sufrieron el acoso del mercantilismo. Si desaparecieron –dice Coubertin- fue después de una larga resistencia. En cuanto al deporte moderno, el barón alertaba de dos peligros importantes que podían corromperlo: uno era que el dinero tentara al atleta y el otro que se destruyera el espíritu caballeresco:

²⁷ Según Manuel Ferrandis Torres, “la degradación se hacía colocando al mal caballero en camisa sobre un cadalso y rompiendo ante él sus armas; sus espuelas eran arrojadas a un estercolero, su escudo era atado a la cola de un caballo que lo arrastraba por el polvo, el heraldo le declaraba cobarde y traidor. Algunas veces le llevaban después a la iglesia como si fuera un cadáver y le decían el oficio de difuntos” (1941, p. 346).

²⁶ Traducción propia.

“El día en que el deportista deje de poner por encima de todo la alegría de su propio esfuerzo, y la embriaguez de poder y equilibrio corporal que de él deriva; el día en que se deje dominar por las consideraciones de vanidad o de interés, ese día su ideal se acabará y el valor pedagógico de este ideal [...] disminuirá irremediablemente” (Coubertin, 1973, pp. 140-141).

Aunque lo que nos pareció fundamental de ese discurso pronunciado por Pierre de Coubertin en agosto de 1920, por la actualidad de sus palabras, además de estar íntimamente relacionado con el tema que aquí nos trae, el de la Caballería medieval, fue el siguiente pasaje:

“[...] es completamente necesario que se abra, para la juventud, una escuela de caballería práctica, en la que se aprenderá que el éxito no se obtiene sino mediante voluntad y perseverancia, y no se consagra sino por medio de rectitud y lealtad. Esta escuela será el deporte” (1973, p. 141).

Porque en los torneos, en la guerra y en cumplimiento de sus deberes, el caballero medieval debía comportarse de manera recta e íntegra, demostrando lealtad, también hacia los enemigos. Y sabía perfectamente que no triunfaría en ninguna de esas facetas de su existencia si no se esforzaba, si no entrenaba, si no se intentaba superar, si no tenía una voluntad de hierro, una tenacidad, una constancia, un tesón y un coraje inquebrantables.

Un caballero medieval ejercía la profesión de las armas, con el riesgo que obviamente conllevaba, de manera que, tanto en los simulacros como en la guerra, desplegaba un valor fiero e indómito, arriesgándose en cada acción para alcanzar el triunfo, la gloria, la fama. Cuando Coubertin contó lo sucedido en aquel torneo, modelo en su género, que enfrentó a los burgueses de París contra los de las provincias –en el que ganó el equipo parisino-, comentando también que los dos vencedores en las justas terminaron malparados, uno con una pierna rota y el otro con fuertes golpes, el barón destacó que “había allí, indudablemente, uno de los elementos esenciales del deporte, el gusto por el riesgo” (1973, p. 81).

Para el barón de Coubertin era tan importante el gusto por el riesgo, como elemento esencial del

deporte, que en su definición de deporte lo incluyó de manera explícita:

“El deporte es el culto voluntario y habitual de ejercicio muscular intensivo, apoyado en el deseo de progreso y que puede llegar hasta el riesgo” (1972, p. 7; 1973, p. 178)²⁸.

Por tanto, según el barón nos encontramos con cinco elementos, esenciales y fundamentales, constitutivos del deporte: iniciativa, perseverancia, intensidad, búsqueda del perfeccionamiento y menosprecio del peligro (Cagigal, 1981; Coubertin, 1972, 1973). José María Cagigal afirma que esas notas esenciales del deporte son una “bella síntesis de moralidad individual” (1981, p. 7). Diez años antes, en un artículo titulado “Ocio y deporte en nuestro tiempo”, Cagigal comenta que cada una de esas notas esenciales del deporte, destacadas por Coubertin, “confiere a la acción deportiva resultados netamente educativos” (1971, p. 101).

Coubertin explicó en “Fundamentos filosóficos del Olimpismo moderno” (o “Las bases filosóficas del Olimpismo moderno”) que uno de los valores esenciales del Olimpismo era la caballería (Coubertin, 1966, 1973, 1986). En la Caballería, el espíritu competitivo (o impulso de superación) estaba íntimamente unido a la caballería. Para el caballero medieval, la búsqueda de la victoria estaba ligada de manera estrecha a la lucha cortés y, a la vez, violenta, así como al trato caballeroso y leal hacia el enemigo y a la demostración de espíritu generoso y noble. Recurriré, en este caso, a la traducción del alemán que realizó Cagigal:

“(Los) caballeros son, ante todo, ‘compañeros de armas’, hombres valientes, esforzados. Pero caballería significa un vínculo más fuerte que la simple camaradería, con ser poderoso el que ésta entraña. Aparte del sentimiento de mutua ayuda como uno de los fundamentos de la camaradería, existe para el caballero el pensamiento del combate, que, al modo de la lucha de carneros, se realiza de poder a poder, con alegría en el despliegue de fuerzas; y con todo ello el pensamiento del duelo, a la vez, caballeresco y doloroso. Tal fue el espíritu de los antiguos con sus

²⁸ Véase también: José María Cagigal (1966, pp. 44-45) y Pierre de Coubertin (1973, p. 82).

diáfanos principios” (1961, pp. 185-186; 1966, p. 159).

En referencia a la camaradería, a la idea de hermandad (los caballeros como “hermanos o compañeros de armas”), Ferrandis Torres nos ilustra al afirmar que

“el espíritu gremial de la Edad Media hizo que los caballeros se considerasen [...] como formando una asociación sometida a determinados estatutos y leyes, que se imponían en nombre del *honor*, donde no alcanzaba el poder coercitivo; la intercomunicación producida por las Cruzadas, llevó a todas partes la regla francesa de la caballería y se formó una especie de sociedad europea de todos los caballeros, los cuales hallaron en todas partes camaradas que reconocían sus derechos y en caso necesario los defendían” (1941, p. 345).

Además, es muy interesante señalar que en la ceremonia de ser *armado caballero*, el aspirante a ingresar en la Caballería, una vez oía la misa de rodillas y le colocaban las espuelas, el arnés y le entregaban la espada, recibía el *espaldarazo* y le daban el *beso de paz*, con el que le acogían como hermano (Ferrandis Torres, 1941, pp. 345-346).

Con toda certeza tienen razón los que aseguran que el discurso más trascendental del barón de Coubertin fue el ya citado “Fundamentos filosóficos del Olimpismo moderno”, leído ante la Radiodifusión Alemana el 4 de agosto de 1935, es decir, un año antes de los Juegos Olímpicos de Berlín (1936) y dos años antes de su muerte. En ese discurso radiofónico, considerado su testamento olímpico, destacó los valores esenciales del Olimpismo (uno de los cuales, el de caballería, explicado por su clara referencia a la Caballería medieval): Sentido religioso; tregua universal; nobleza y selección; mejoramiento de la raza; caballería; belleza; y entendimiento entre todos los pueblos (Cagigal, 1981).

Cagigal diseccionó, de forma brillante, esas ideas fundamentales de la pedagogía olímpica de Coubertin, o valores esenciales del Olimpismo, en una conferencia que pronunció en Madrid en noviembre de 1969, en el Centro de Estudios Olímpicos, titulada “Evaluación pedagógica de los

Juegos Olímpicos de cara al pueblo (Introducción)”. Luis Solar Cubillas ha realizado también un estudio pormenorizado de esos valores o características esenciales del Olimpismo, en su libro *Pierre de Coubertin. La dimensión pedagógica* y en el artículo, incluido en *De Re Olímpica*, titulado “Olimpismo y guerras mundiales: Entre la decepción y la inesperada sinergia”. De manera que remitimos a esos trabajos, tanto de José María Cagigal (1975b) como de Luis Solar (2003, 2010), para reflexionar y profundizar sobre ese tema, que en cualquier caso merecería tratamiento monográfico.

Otro discurso de Pierre de Coubertin, crucial por el momento en que lo pronunció y por su contenido, fue el que dio el 29 de mayo de 1925 en la apertura del Congreso Olímpico de Praga. Previamente, del 26 al 28 de mayo, donde se celebraría el Congreso, tuvo lugar una sesión-reunión del COI. El día 28 se procedió a votar al nuevo presidente del COI. El barón de Coubertin, que había ejercido de presidente del COI casi treinta años (1896-1925), no se presentó a la reelección, como ya había avisado tiempo atrás. Salió elegido un estrecho colaborador suyo: el conde de Baillet-Latour (1876-1942). Coubertin (1989) revela en sus *Memorias Olímpicas* que, durante los trabajos olímpicos de Praga, se encontró poco dispuesto y algo distraído, sabedor y consciente de que su papel había terminado y con la completa convicción de que dejaba a su sucesor una situación extraordinaria.

En el discurso que pronunció en la inauguración del Congreso de Praga, el barón de Coubertin confesó el espíritu que le ha acompañado siempre –no sólo a él sino también a sus colegas del Comité–, que será con el que acometa su nuevo empeño desde ese instante. Después de contar a los asistentes a qué iba a consagrar el tiempo a partir de ese momento – como no podía ser de otra manera, sus desvelos irían encaminados a la pedagogía, a la educación–, Coubertin dijo:

“[...] debía a mis colaboradores y fieles amigos una explicación sincera sobre mis proyectos. Quisiera decirles también que emprendo la obra nueva con el espíritu deportivo que hemos cultivado juntos, es decir, con la alegría del esfuerzo, el gusto por el riesgo y el culto al ideal desinteresado” (1973, p. 164; 1986, p. 409).

Todo un canto a la Caballería medieval.

CONCLUSIONES

Una de las cuestiones verdaderamente fundamentales y definitivas, sobre la influencia de la Caballería medieval en Coubertin, es cuando el barón comenta que, quizás, la velada de armas del aspirante la víspera de ser *armado caballero* haya sido, después de mil quinientos años, lo que más se ha parecido a los Juegos Olímpicos, comparando ese momento con la soledad y el recogimiento del atleta en la antigua Grecia la noche previa a la competición, a la espera los dos, futuro caballero y atleta, con la misma impaciencia y el mismo ardor, de las primeras claridades del alba. Para Coubertin, en la Edad Media hubo una vuelta del espíritu atlético, constituyendo la Caballería medieval una gran hermandad atlética.

Todos los estudiosos de la obra pedagógica del barón, citados en este trabajo, han coincidido de manera unánime en resaltar una de las facetas de Coubertin: la de pedagogo, educador, reformador de la educación. Boulongne llega a afirmar que la creación de los Juegos Olímpicos modernos, por parte de Coubertin, ocultó su papel de reformador de la educación, que sería mucho más importante. Coubertin fue esencialmente un pedagogo, un reformador de la educación, de manera que consagró su vida a formar a ese nuevo hombre que él pensaba que los tiempos reclamaban y que debía estar adornado de valores y cualidades del atleta griego y el caballero medieval, al igual que el moderno deportista, síntesis de esas dos figuras.

Para buscar una pedagogía renovada, Coubertin penetró en la Historia, es decir, echó la mirada atrás y se maravilló de la Caballería medieval, además de fascinarse por los Juegos Olímpicos antiguos. Puso sus vastos conocimientos de historia al servicio de una idea pedagógica, como afirman tanto Müller como Solar. Cagigal definió a Coubertin como un historiador erudito.

Todas las citas de Coubertin, plasmadas en este estudio, servirían de conclusiones, pues hablan por sí mismas. En la mayoría de los casos, se ha intentado apoyar lo que escribió Coubertin sobre la Edad

Media, la Caballería medieval, el caballero medieval, el escudero, los torneos, las justas, etc., con estudios sobre esos temas de prestigiosos profesores y catedráticos, algunos de ellos medievalistas, de manera que podríamos concluir con la idea de que el barón de Coubertin llegó a adquirir un profundo y riguroso conocimiento de la Edad Media y sus “deportes”, olvidados o estudiados de forma insuficiente como él insistió en varias de sus obras. Sus investigaciones sobre la Caballería medieval le llevaron a admirar el espíritu caballeresco medieval. Cagigal sostiene que estudiar la Edad Media, al menos desde el prisma deportivo, le permitió a Coubertin completar su visión idealista y caballeresca de la humanidad.

Coubertin rinde justicia a la Edad Media porque el espíritu deportivo, que se respira en ese período histórico, conserva una frescura incluso superior que el conocido en el mundo olímpico griego. El barón de Coubertin se prendó de la Caballería medieval por su espíritu competitivo y, al mismo tiempo, desinteresado, generoso y caritativo. Nuestro filósofo y humanista deportivo, José María Cagigal, sostiene que Coubertin llegó incluso a colocar, deportivamente en algunos aspectos, ese espíritu competitivo y a la vez desinteresado y altruista de la Caballería medieval por encima del griego. Además del espíritu competitivo, la generosidad y el altruismo, Coubertin destaca también en sus escritos estas otras cualidades de la Caballería medieval: su ideal elevado, su rudeza sana, su ardor generoso y su lealtad al código del honor.

El barón de Coubertin pensaba que cuando se estudian las andanzas de los caballeros, cuando se trata de buscar sus móviles, se revela en ellos la pasión deportiva. El caballero medieval ejercía la profesión de las armas en el seno de una sociedad ruda y violenta, reservándose un margen de violencia con objeto de garantizar la defensa de sus intereses. Para Coubertin, la Caballería medieval representó a la policía de la época. El caballero medieval fue un policía a caballo con una misión consagrada en su juramento. Será el garante de la paz. El servicio a la Humanidad del caballero medieval, el espíritu de servicio defendiendo al débil, luchando contra la injusticia y arreglando desaguisados, fue de los aspectos del espíritu

caballeresco medieval que más le interesó a Coubertin.

Y para ello, los caballeros medievales estaban obligados a entrenarse de manera concienzuda. En los entrenamientos del caballero medieval, Coubertin veía auténtica pasión deportiva. En los simulacros o combates simulados (torneos, justas y paso de armas) y en la guerra, arriesgaba en cada acción o lance y ponía en riesgo su vida, por lo que para cumplir sus deberes y obligaciones y para triunfar en esas facetas de su existencia, el caballero medieval sabía que debía entrenarse muy bien, de tal forma que se esforzaba y se intentaba superar con una perseverancia, una voluntad, un valor y un arrojo inquebrantables. Y, al mismo tiempo, tenía que comportarse de manera recta, íntegra y leal. En la Caballería medieval, ese espíritu competitivo estaba profundamente unido a la caballerosidad, a lo cortés, al trato caballeroso y leal (incluso con los enemigos), a la demostración de espíritu generoso y noble.

Según Coubertin, uno de los papeles que debía desempeñar el deporte en las democracias modernas era el de educador social, papel heredado de la Caballería medieval.

Coubertin fue un gran pedagogo, aunque ha sido un completo desconocido para la casi totalidad de la comunidad educativa mundial, quizá porque otra obra suya, la creación de los Juegos Olímpicos modernos, tapó lo que él fue esencialmente: un educador humanista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. AA.VV. (1933). La Edad Media hasta el final de los Staufen (400-1250). En W. Goetz (Ed.), *Historia Universal* (Vol. III). Madrid: Espasa-Calpe (Versión española de Manuel García Morente).
2. Alborg, J. L. (1970). *Historia de la Literatura Española* (2ª ed. Vol. 1 (Edad Media y Renacimiento)). Madrid: Gredos.
3. Altamira, R. (1946). *Manual de Historia de España*. Buenos Aires: Sudamericana.
4. Boulongne, Y.-P. (1999). Para Coubertin. En Conrado Durántez (Ed.), *Pierre de Coubertin, ese desconocido...* Lausanne-Suisse: Comité International Pierre de Coubertin.
5. Brundage, A. (1973). Prefacio. En P. Coubertin (Ed.), *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*. Madrid: INEF-Doncel.
6. Cagigal, J. M. (1961). El olimpismo moderno. *Citius, Altius, Fortius, III*, 145-212.
7. Cagigal, J. M. (1966). *Deporte, pedagogía y humanismo*. Madrid: Comité Olímpico Español.
8. Cagigal, J. M. (1971). Ocio y deporte en nuestro tiempo. *Citius, Altius, Fortius, XIII*, 79-119.
9. Cagigal, J. M. (1973). Breve prólogo a la edición española. En P. Coubertin (Ed.), *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*. Madrid: INEF-Doncel.
10. Cagigal, J. M. (1975a). *El deporte en la sociedad actual*. Madrid: Ed. Prensa Española-Magisterio Español.
11. Cagigal, J. M. (1975b). *Evaluación pedagógica de los Juegos Olímpicos de cara al pueblo (Introducción)*. Trabajo presentado en Centro de Estudios Olímpicos (Actas 1968-1973), INEF, Madrid.
12. Cagigal, J. M. (1981). *¡Oh deporte! (Anatomía de un gigante)*. Valladolid: Ed. Miñón.
13. Cagigal, J. M. (1982a). El Olimpismo: reflejo y proyecto de una sociedad (I). *Revista Olímpica, nº 180*, 575-578.
14. Cagigal, J. M. (1982b). El Olimpismo: reflejo y proyecto de una sociedad (III). *Revista Olímpica, nº 182*, 744-747.
15. Cervantes, M. (1997). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (43ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe (Colección Austral).
16. Coubertin, P. (1966). *L'Idée Olympique. Discours et essais*: Carl-Diem-Institut.
17. Coubertin, P. (1972). *Pédagogie sportive*. París: Librairie Philosophique J. Vrin.

18. Coubertin, P. (1973). *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*. Madrid: Instituto Nacional de Educación Física-Doncel.
19. Coubertin, P. (1986). *Olympisme. Textes choisis* (Vol. II). Zürich: Comité International Olympique-Weidmann.
20. Coubertin, P. (1989). *Memorias Olímpicas*: Comité Olímpico Internacional.
21. Coubertin, P. (1992). *Idée Olympique*. En P. Coubertin & J. A. Samaranch (Eds.), *Esprit Olympique: Contrastes-L'Esprit du Temps*.
22. Daume, W. (1973). Prólogo a la edición alemana. En P. Coubertin (Ed.), *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*. Madrid: INEF-Doncel.
23. Diem, C. (1966). *Historia de los Deportes* (Vol. II). Barcelona: Ed. Luis de Caralt.
24. Diem, L. (1973). Introducción. En P. Coubertin (Ed.), *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*. Madrid: Instituto Nacional de Educación Física-Doncel.
25. Durántez, C. (2009a). Academias Olímpicas Nacionales. Pedagogía del Olimpismo. En R. Ansón (Ed.), *El Olimpismo* (2ª ed.). Villafranca del Castillo (Madrid): UCJC.
26. Durántez, C. (2009b). El Olimpismo en España. En R. Ansón (Ed.), *El Olimpismo* (2ª ed.). Villafranca del Castillo (Madrid): UCJC.
27. Ferrandis Torres, M. (1941). *Historia General de la Cultura* (2ª ed.). Valladolid: Santarén.
28. Fossier, R. (1996). *La sociedad medieval*. Barcelona: Crítica.
29. Gaarder, J. (1997). *El mundo de Sofía* (26ª ed.). Madrid: Ediciones Siruela.
30. Kinder, H., Hilgemann, W., & Hergt, M. (2007). *Atlas Histórico Mundial. De los orígenes a nuestros días* (22ª ed.). Madrid: Akal.
31. Lafitte-Houssat, J. (1960). *Trovadores y cortes de amor*. Buenos Aires: Eudeba.
32. Lafitte-Houssat, J. (1972). *Troubadours et cours d'amour* (4ª ed.). París: Presses Universitaires de France.
33. Martín, J.-L. (1999). *Historia de España 3. Alta Edad Media*. Madrid: Espasa-Calpe.
34. Meylan, L. (1963). Pierre de Coubertin, renovador de la educación pública. *Citius, Altius, Fortius, V*, 53-85.
35. Mindán Manero, M. (1966). *Historia de la Filosofía y de las Ciencias*. Salamanca: Anaya.
36. Müller, N. (1999). Pierre de Coubertin, historiador. En Conrado Durántez (Ed.), *Pierre de Coubertin y la historia*. Lausanne-Suisse: Comité International Pierre de Coubertin.
37. Official Report. Olympic Games Antwerp 1920. LA84 Foundation Home Page.
38. Ortega y Gasset, J. (1964). *Estudios sobre el amor*. Madrid: Espasa-Calpe.
39. Piernavieja, M. (1963). Ensayo de bibliografía coubertiniana. *Citius, Altius, Fortius, V*, 87-94.
40. Piernavieja, M. (1966). 'Depuerto', 'deporte'. Protohistoria de una palabra. *Citius, Altius, Fortius, VIII*, 5-190.
41. Piernavieja, M. (1971). ¿Crisis del olimpismo? *Citius, Altius, Fortius, XIII*, 309-327.
42. Riu Riu, M. (1989). *Manual de Historia de España 2. Edad Media (711-1500)*. Madrid: Espasa-Calpe.
43. Salvador, N. (2008). Amadís de Gaula. Paladín de la Caballería. *La aventura de la Historia, nº 122*, 24-30.
44. Sánchez Domingo, R. (2011). Dominio y jurisdicción de la abadía de Oña. *Circunstancia, año IX, nº 24*.
45. Solar Cubillas, L. (2003). *Pierre de Coubertin. La dimensión pedagógica*. Madrid: Ed. Gymnos.
46. Solar Cubillas, L. (2010). Olimpismo y guerras mundiales: Entre la decepción y la inesperada sinergia. En Luis V. Solar Cubillas (Ed.), *De Re Olímpica*: Centro de Estudios Olímpicos de la Universidad del País Vasco.

47. Tejedor Campomanes, C. (1997). *Historia de la Filosofía en su marco cultural*. Madrid: Ediciones SM.